

José Rubén Romero Galván

“Los mexicas. Migración y primeros años de vida tenochca”

p. 53-70

Introducción a la cultura náhuatl prehispánica

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2023

192 p.

Mapas, figuras, cuadros

(Históricas Comunicación Pública 5, Serie Introducciones)

ISBN 978-607-30-7262-5

Formato: PDF

Publicado en línea: 21 de marzo de 2025

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/804/introduccion-nahuatl.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2025, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

II

LOS MEXICAS: MIGRACIÓN
Y PRIMEROS AÑOS DE VIDA TENOCHCA

Indudablemente, la caída de Tula propició movimientos migratorios, ya dentro de la propia Mesoamérica, ya provenientes de su frontera norte. Este último fue el caso de la migración de los chichimecas comandados por Xólotl a la que se ha hecho referencia. Entre tales migraciones se cuentan aquellas cuyos participantes tuvieron como punto de llegada algunos lugares de la región de Chalco, donde se instalaron y fundaron ciudades que fueron conocidas por los conquistadores españoles siglos más tarde. De tales movimientos da cuenta el cronista Chimalpahin Cuauhtlehuanitzin, nacido en la ciudad de Amaquemecan. Otra migración que ha llamado poderosamente la atención a lo largo de los siglos, y de la que se conocen pormenores interesantes, es la de los mexicas.

La historia que nos ha llegado del recorrido que realizaron los mexicas desde Aztlan Chicomóztoc, su lugar de origen, hasta los islotes en el centro del lago que se llamó de México, donde fundaron su ciudad, fue establecida, como se verá después, en el tiempo en que la ciudad mexica fincaba las bases de su preponderancia en el valle de México. Si existieron variantes de este relato, o incluso otras versiones, lo desconocemos. Sólo contamos con la narración que, en un momento de su historia, los propios mexicas nos dejaron. A ella nos referiremos.



Las fuentes son claras. En la ciudad de Aztlan, localizada en una isla en medio de un lago, varios *calpulli* de macehuales vivían bajo la penosa sujeción de un grupo en el poder que los obligaba al pago de tributos consistentes en productos tanto del campo como de la caza y la pesca realizadas en el lago que rodeaba a la isla. “Y sus gobernantes los maltrataban mucho, mucho los hacían tributar”, escribió el cronista Cristóbal del Castillo.

Esas penosas circunstancias fueron propicias para que las palabras de su dios Huitzilopochtli fueran atendidas. Éste les proponía iniciar una migración cuyo punto final sería la fundación de una ciudad desde la que conquistarían a “quienes están establecidos en el grande universo, a los naturales”, según lo registró Hernando Alvarado Tezozómoc en su *Crónica mexicáyotl*. Las conquistas significaban, además de extender los dominios de la ciudad que fundarían, la posibilidad de hacerse de los bienes materiales cuya posesión era también parte de la promesa del dios. Al respecto, Tezozómoc agrega: “os pagarán tributos, os darán innumerables, excelentísimas piedras preciosas, oro, plumas de quetzal, esmeraldas, corales [...] y todo lo veréis, puesto que esta es en verdad mi tarea [...]”. Éstas fueron las expectativas con las que los mexicas iniciaron la migración que los llevaría al sitio donde finalmente echarían los cimientos de su ciudad.

El grupo migrante estaba formado por siete *calpulli*. Con este nombre se designaba a un conjunto de personas unidas por lazos de parentesco, vinculadas con un ancestro común con carácter divino a quien rendían culto y cuyas reliquias eran guardadas en un pequeño bulto. Asimismo, cada uno de estos grupos era poseedor de



una historia, registrada en un códice. Tanto éste como las reliquias de su dios constituían elementos de primer orden de su identidad, y gracias a sus dimensiones eran fácilmente trasportables. Ello facilitaba que el grupo se moviera sin riesgo de perder dichos elementos de su identidad, ciertamente muy preciados: su dios y su historia.

Los siete *calpulli* salieron de Aztlán e iniciaron su migración. Iban guiados por los llamados *teomamaque*, literalmente “los cargadores de los dioses”, según se puede observar en las pictografías que ofrece la llamada *Tira de la peregrinación*. Queda pues en evidencia que se movían llevando consigo a sus deidades. Es cierto que no se observa en tales pictografías códice alguno, pero debe suponerse que cada *calpulli* llevaba el suyo. Se ha hablado de la cultura que les era propia diciendo que ésta era más bien precaria. Incluso se ha llegado a sugerir que eran nómadas. Sin embargo, si se observa con cuidado lo que al respecto muestran las pictografías de los códices que dan cuenta de la migración, es fácil reconocer rasgos que hacen evidente en los mexicas migrantes un desarrollo cultural que los coloca en el nivel de los mesoamericanos. Lo primero que se observa es la apariencia que ofrece su lugar de origen, Aztlán, donde aparece una isla en cuyo centro se levanta un basamento piramidal que está rodeado de casas que bien representan distintos *calpulli* (véase figura 7). Por otro lado, los migrantes cubren sus cuerpos con prendas que son características de Mesoamérica: *maxtlatl*, “taparrabos”, *tilmatl*, “capa”, y *cactli*, “guaraches”. Los códices también muestran que contaban el tiempo según el *xiuhpohualli*, “cuenta de los años”, pues está representado que cada cincuenta y dos

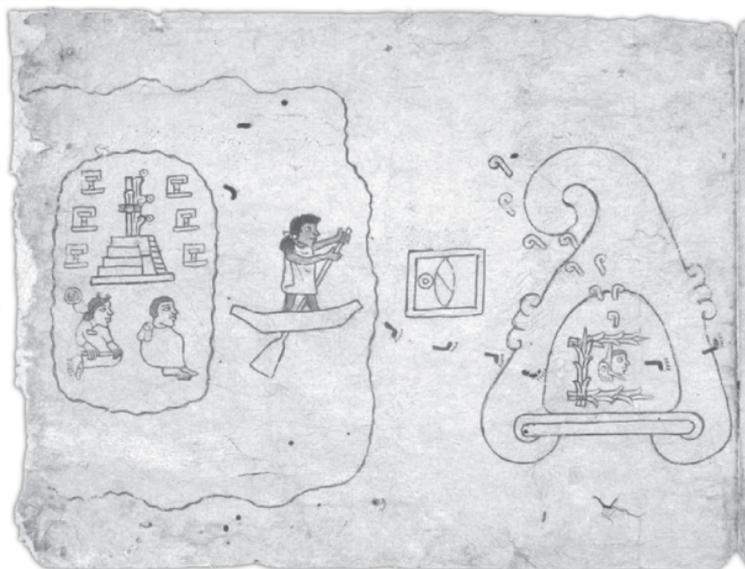


Figura 7. Lámina 1 del Códice Boturini (*Tira de la peregrinación*).

Museo Nacional de Antropología.

D. R. © Instituto Nacional de Antropología e Historia.

años celebraban la atadura de años, *xiuhmolpilli*, que se celebraba en la fecha en la que se iniciaban los dos sistemas calendáricos, el *xiuhpohualli*, de 365 días, y el *tonalpohualli*, de 260. Éstos son sólo algunos elementos que muestran bien la pertenencia de los mexicas a la cultura mesoamericana.

El registro de los sitios por los que pasaron estos migrantes varía en las fuentes originales. Sin embargo, cabe considerar en su recorrido tres etapas que resultan siempre invariables. La primera corresponde al trayecto entre Aztlán y Tula, ya por entonces abandonada; la segunda, que aparentemente corresponde a un desplazamiento más corto, va de su estancia en Tula a



Chapultepec, donde permanecieron por algún tiempo; la última, a la que también habría correspondido un breve recorrido, de Chapultepec al sitio de la fundación de Mexico-Tenochtitlan.

Las fuentes coinciden cuando afirman que los mexicas levantaron adoratorios para honrar a sus deidades en algunos de los sitios donde se detuvieron durante su migración. En tales adoratorios, Huitzilopochtli ocupaba un lugar preponderante, y los dioses de los demás *calpulli* se acomodaban en torno suyo en sitios más bien discretos. Las fuentes también registran que cuando era propicio sembraban a tierra y, si les daba tiempo, levantaban cosechas para alimentarse con los frutos de esas milpas. Estos pasajes de su migración dejan ver también su pertenencia a la cultura mesoamericana.

Hay pasajes de la migración que son particularmente significativos. En algunos, Huitzilopochtli reitera a su pueblo la promesa inicial a fin de animarlos a continuar la marcha. En otros se dan circunstancias aprovechadas por el dios para dejar en el camino a aquellos seguidores que no eran aptos para los planes que tenía en mente. Tal es el caso del episodio en el que, detenidos en Pátzcuaro, algunos mexicas se metieron a retozar en el lago aprovechando la frescura que éste ofrecía. Mientras eso ocurría, Huitzilopochtli ordenó a los demás migrantes recoger sus cosas y continuar el camino, dejando abandonados a aquellos que habían dado muestras de una vergonzosa molicie. Se trataba pues de hacer a un lado a aquellos que habían preferido el placer que les ofrecía la frescura de las aguas del lago a la austera conducta que de ellos esperaba su deidad. Otro pasaje en el que



un grupo más fue apartado del conjunto de migrantes es el que corresponde al abandono de Malinalxóchitl. Aunque en las fuentes aparece sólo ella involucrada en ese hecho, debe entenderse que fue el *calpulli* que ella dirigía el que fue objeto de ese abandono. Dicen las fuentes que la determinación de dejarla se debió a la maldad que la caracterizaba, pues era bruja y se dedicaba a morder las pantorrillas a los hombres. La abandonaron dormida a la vera del camino, mientras la mayoría de los migrantes continuaron su camino sin saber que Malinalxóchitl estaba embarazada. De ella nació Cópil, personaje al que después se hará referencia.

Durante la migración hubo al menos dos episodios en los que, de diferentes maneras, fueron revelados a los migrantes elementos vinculados con el sitio, ya próximo, en el que fundarían su ciudad. Uno de ellos ocurrió durante la estancia de los migrantes en Tula. Relatan las crónicas que por allí pasaba un río. Según lo refiere fray Diego Durán, el dios Huitzilopochtli ordenó a sus seguidores que construyeran una represa de tal suerte que el agua se acumulara y formara un lago. Con ello, un cerro que allí se encontraba quedó convertido en una isla, “la cual cercaron de sauces, sabinas y álamos; pusieronla llena de juncia y espadañas [...]”. Pronto el lago comenzó a llenarse de peces y aves acuáticas. Se trataba de una suerte de prefiguración de lo que más tarde sería Mexico-Tenochtitlan. Tan agradable resultaba ese sitio que algunos mexicas quisieron quedarse allí definitivamente, pero los planes de la deidad eran otros. La manera como la deidad puso fin a tales intenciones fue en verdad definitiva. Mandó que aquellos que querían



permanecer en ese sitio fueran sacrificados. Su orden se cumplió puntualmente y los migrantes, siguiendo las órdenes de su dios, continuaron su camino hacia el sitio donde deberían fundar su ciudad.

El otro episodio que vale la pena traer a cuento tuvo lugar cuando los migrantes mexicas se encontraban en Chapultepec y tiene que ver precisamente con Cópil. Según refiere el cronista Chimalpahin en su *Memorial breve*, Cuauhtlequetzqui, *teomama* mexica, pidió a Ténuch, caudillo de los migrantes, que fuera a ver si, entre los tules del centro de la laguna, el corazón de Cópil había germinado, pues allí lo habían dejado después de darle muerte en una batalla que había tenido lugar en el sitio llamado Tepetzinco. Cópil, ya se dijo, había sido hijo de Malinalxóchitl, y la batalla que sostuvo con los personajes mexicas mencionados surgió de los deseos de vengar a su madre que desde pequeño había abrigado. Las palabras que Cuauhtlequetzqui dirigió a Ténuch son en verdad reveladoras:

irás a ver, allí donde brotó el *tenuchtli*, al corazón de Cópil; allí sobre él se yergue un águila que está asiendo con sus patas, que está picoteando, a la serpiente que devora [...]. Ello será nuestra fama en tanto que exista el mundo. Nunca se perderá la fama y la honra de Mexico-Tenochtitlan.

Se trataba de la primera alusión a las características de la señal con la que el dios indicaría el sitio de la fundación de la ciudad: un águila, sobre un nopal, devorando una serpiente. Las palabras de Cuauhtlequetzqui



concluían con frases en las que se reiteraba la promesa hecha por la deidad cuando los mexicas salieron de Aztlan y que consistía en la seguridad de obtener bienes, a los que en las palabras de Cuauhtlequezqui se alude con el anuncio de acceder a la fama y la honra permanentes. Mexico-Tenochtitlan comenzaba a existir en el espíritu de los mexicas antes de ser fundada, como ocurrió, en otras latitudes, con Roma o Jerusalén, las cuales, antes de ser en la realidad, existían ya en la mente de sus pueblos.

En Chapultepec los mexicas sufrieron un serio descalabro, pues entraron en guerra con los culhuacanos, saliendo de ella perdedores. El desenlace fue terrible para los vencidos, pues los de Culhuacan se llevaron presos a Huitzilíhuitl, quien gobernaba a los migrantes, así como a la totalidad de su grupo. Llegados a las cercanías de la capital del señorío que los venciera, fueron llevados a vivir a un sitio no lejano de nombre Tizaapan. Allí abundaban las serpientes. La intención de los captores al llevarlos a morar a dicho lugar era que tales animales terminaran con la vida de los mexicas. Pasado algún tiempo, los culhuacanos fueron a ver si ya las serpientes habían causado la muerte de los mexicas. Fue grande su sorpresa cuando encontraron a los mexicas comiendo tranquilamente algunas serpientes que previamente habían asado.

En Tizaapan tuvo lugar un episodio de la migración que acercó de manera definitiva a los mexicas al final de su recorrido. Quienes en ese momento los dirigían, se presentaron ante Achitómetl, señor de Culhuacan, para solicitarle a su hija diciéndole, “nosotros tus abuelos, tus vasallos, y los mexicanos todos te suplicamos nos concedas, nos des tu collar, tu pluma de quetzal, tu hijita



doncella, la princesa noble nieta nuestra, que la guardaremos allá en Tepetitllan Tizaapan [...]”. Achitómetl accedió, y los mexicas llevaron consigo a la princesa culhua a la que, una vez llegados a Tizaapan, sacrificaron y desollaron. Habiendo vestido con la piel de la sacrificada a un sacerdote, llamaron al señor de Culhuacan para que fuera a Tizaapan a venerar a la diosa que no era otra que el sacerdote vestido con la piel de la princesa. El señor de Culhuacan entró en el adoratorio para venerar a la fingida deidad. A la luz tenue del incensario, descubrió que tenía enfrente la piel de su hija. Salió de allí convocando a los culhuacanos a combatir a los mexicas, quienes, siguiendo las indicaciones de su deidad, se internaron en el lago para llegar al fin al sitio donde estaba sepultado el corazón de Cópil.

Llegados a ese lugar, una mañana descubrieron, en medio de un claro entre los tules, un nopal y, posada sobre él, un águila que devoraba a una serpiente. De la base del tunal surgía un venero que se partía en dos: uno de agua color azul; el otro de agua color rojo. La señal era inequívoca. Se trataba de un *axis mundi* que señalaba el sitio donde debían fundar su ciudad. La señal era clara: el águila, símbolo de lo aéreo, del arriba, de lo solar, de lo masculino, devoraba a la serpiente, que era símbolo de lo terreno, del abajo, de lo húmedo, de lo femenino. Ambos elementos significaban las dos partes del universo: el arriba y el abajo, que se manifestaban profundamente vinculadas por el acto de comer que involucraba a ambos seres. Por si ello fuera poco, los colores del agua que surgía en la base del nopal eran aquellos que correspondían a los que tenían cada uno de los dos conductos que,



describiendo una línea helicoidal, se erguían en el centro del universo, del cenit al nadir, conectando los dos grandes sectores horizontales del cosmos: el arriba y el abajo, para dotar continuamente de vida al mundo de los hombres. Se trataba de la manifestación visible de una de las justificaciones que tuvieron los mexicas para cimentar la supremacía de su ciudad, lo que les otorgaba, según ellos, el derecho de dominar un vasto territorio.

El pueblo de Huitzilopochtli había llegado al final de su migración, había dado con el sitio desde donde realizarían innumerables conquistas que alcanzarían infinidad de pueblos distribuidos por los cuatro rumbos del universo, según palabras de su deidad. Allí serían una realidad aquellas promesas pronunciadas por el dios: “os pagarán tributos, os darán innumerables, excelentísimas piedras preciosas, oro, plumas de quetzal, esmeraldas, corales [...] y todo lo veréis, puesto que ésta es en verdad mi tarea [...]”.

El cumplimiento de las palabras de la deidad empeñadas al inicio de la migración no sería inmediato. La fundación se realizó pobremente, como correspondía a un pueblo que había migrado durante largo tiempo y cuyos bienes eran sólo algunos enseres domésticos que era posible transportar y, sobre todo, un cúmulo de saberes que correspondían a la cultura mesoamericana. De tal pobreza da cuenta la página uno del *Códice Mendoza* (véase figura 8) donde se aprecia, en el centro, el águila sobre el nopal devorando a la serpiente y en torno suyo algunas chozas de palma. La escena es elocuente y refiere de inmediato a una pobreza notoria. De inmediato, los mexicas se dieron a la tarea de ordenar su ciudad

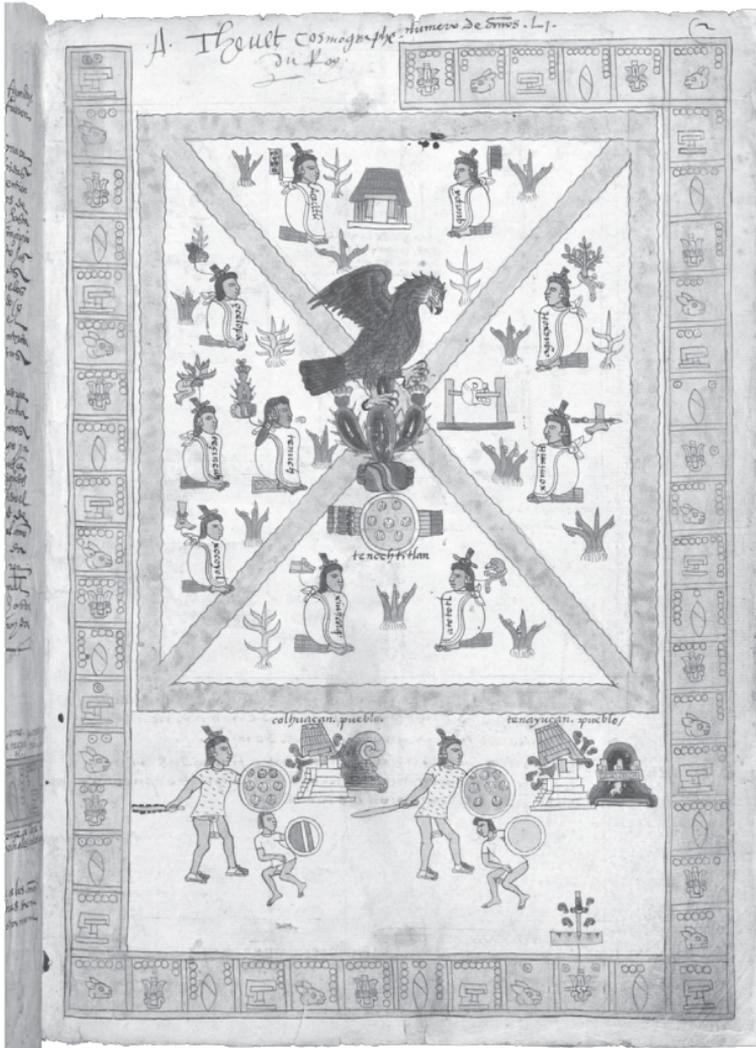


Figura 8. Lámina 1 del Códice mendoza.
D. R. © Instituto Nacional de Antropología e Historia.



recién fundada. La dividieron, siguiendo la tradición mesoamericana, en cuatro sectores o *campa* que serían el origen de los cuatro barrios de la ciudad que encontraron los españoles y que subsistirían a lo largo de la época novohispana.

Es momento de aclarar que, según lo ha mostrado la arqueología, el sitio donde se realizó la fundación de Mexico-Tenochtitlan, si bien en ese momento estaba deshabitado, en otro tiempo había ocurrido lo contrario. En efecto, cuando se realizaron los trabajos de recimentación de la catedral de México, los arqueólogos dieron con un estrato en el que hallaron restos de habitación humana que coincidían con la época del esplendor tolteca. Es importante dejar en claro que no se trataba de un sitio totalmente desconocido por el ser humano, lo cual es perfectamente acorde con las características de la densidad de la población de la zona lacustre.

Poco tiempo después de la fundación de Mexico-Tenochtitlan, tuvo lugar un acontecimiento de gran trascendencia para la política del valle de México. Un grupo de inconformes por la repartición de tierras que se había llevado a cabo decidió separarse de los habitantes de la naciente ciudad. Fueron a habitar a un paraje llamado Xaltelolli, donde fundaron su ciudad que fue llamada Tlaltelolco. A partir de entonces en el centro de los lagos hubo dos ciudades gemelas: Mexico-Tenochtitlan y Mexico-Tlaltelolco.

El islote donde los mexicas establecieron su ciudad caía dentro de los términos de uno de los señoríos de la triple alianza entonces imperante. Se trataba de Azcapotzalco, señorío del que, desde entonces, dependerían



y al cual debían pagar tributos. Éstos no se hicieron esperar. Los mexicas debían entregarles materiales para construcción y productos de la laguna, como pescado y aves acuáticas. Cuando los mexicas comenzaron a recoger cosechas de las chinampas que construyeron, también debieron tributar lo que en ellas se producía. Las fuentes dan cuenta de lo oneroso que resultaba el pago de tales obligaciones. Paulatinamente, la demanda de tributos fue en aumento. Llegó el día en que los azcapotzalcos solicitaron que les llevaran a la orilla del lago colindante con su ciudad una chinampa sembrada de maíz y en ella una pata echada sobre sus huevos, cuyos cascarones debían ser rotos por las crías al llegar al destino señalado. Ello causó gran preocupación a los mexicas. Sin embargo, su dios les habló calmándolos y les aseguró su ayuda para el pago de aquel tributo, lo que ocurrió puntualmente para sorpresa de los azcapotzalcos.

Entre tanto, los mexicas habían logrado establecer nexos familiares con dos de los señoríos que conformaban la triple alianza: precisamente con Azcapotzalco y con Culhuacan, cuyo prestigio político y cultural se anclaba en el hecho de haber formado parte de la antigua triple alianza a la que se hizo referencia antes. Esos lazos sirvieron de mucho a los recién llegados para asegurarse una cierta estabilidad e incluso para acceder a un estatus político aceptable a ojos de los señoríos vecinos, pues, como se verá, llegó el tiempo en que los mexicanos contaron entre sus *tlahtoque* a descendientes de ambos señoríos.

Cuando los mexicas estaban aún sujetos a Azcapotzalco se decidieron acudir a Culhuacan a fin de solicitar que un personaje descendiente de ellos y de los



culhuacanos fuera a Tenochtitlan para ser entronizado como *tlahtoani*. Se trataba de Acamapichtli. La solicitud fue atendida por los de Culhuacan, y los mexicas regresaron a Tenochtitlan con Acamapichtli acompañado de Ilancueitl, mujer que en algunas fuentes aparece como su hermana y en otras como su tía, empero, casi siempre se le menciona como la esposa de Acamapichtli.

Esta pareja estaba destinada a ser la simiente de la nobleza mexica. Para cumplir tal cometido, debían procrear una descendencia numerosa. Sin embargo, Ilancueitl era estéril. Por esta razón varios hijos de nobles mexicas fueron adoptados por Acamapichtli y su mujer con la finalidad de asegurar la formación de un sólido grupo en torno suyo. Otra versión apunta a que los nobles de México ofrecieron a sus hijas al *tlahtoani* Acamapichtli para que este procreara en ellas a su descendencia. De los hijos, adoptados o legítimos, del nuevo gobernante debían de salir en lo sucesivo quienes gobernarían Tenochtitlan. Fue de esta manera como los mexicas lograron afianzar sus lazos con Culhuacan, señorío de gran tradición, pues había formado parte de sucesivas triples alianzas en la región.

A Acamapichtli lo sucedió Huitzilíhuitl, su hijo, vinculado por línea materna con Azcapotzalco, quien a su vez engendró en otra noble azcapotzalca, hija de Tezozómoc, a Chimalpopoca, que con el tiempo sería también *tlahtoani* de Mexico-Tenochtitlan. Esta unión significó para los mexicas una reducción de las cantidades de bienes que debían tributar a los azcapotzalcas.

Es significativo que entre las alianzas matrimoniales establecidas por los mexicas con los señoríos del valle de



México destaquen aquellas que consolidaron con Culhuacan, el señorío de más prosapia cultural y política entre los pueblos de la región, y Azcapotzalco, el señorío más poderoso de la zona. Estos vínculos de parentesco de los primeros *tlahtoque* mexicas fueron establecidos con dos de los señoríos que formaban parte de la triple alianza, asegurando con ello un cierto grado de seguridad en el contexto político de la región lacustre del altiplano.

El momento decisivo para Mexico-Tenochtitlan sobrevino en 1428, cuando, a raíz de una guerra con Azcapotzalco, logró sacudirse del yugo al que este señorío lo tenía sometido. Tal acontecimiento dio pábulo para que se reconstituyera la triple alianza existente, quedando constituida, a partir de entonces, por México, Tetzcoco y Tacuba. Las fuentes difieren en cuanto a algunos detalles de los hechos que se dieron en esta contienda. Estas diferencias deben entenderse como el resultado de la coexistencia de distintas tradiciones históricas que guardaban los recuerdos del pasado según los intereses de cada señorío. En su *Historia de las Indias*, fray Diego Durán expresa con claridad este fenómeno que podríamos llamar de dispersión historiográfica:

porque si en Tacuba quisiesen saber sus grandezas, los de aquella nación me contarían ser mayores que los de Motecuhzoma, y esto me ha atado las manos y la voluntad de querer hacer historia de las cosas de cada ciudad y pueblo y de cada señorío, como pudiera, porque no habrá villeta ni estanzuela, por vi que sea, que no aplique a sí todas las grandezas que hizo Motecuhzoma, y no diga que ella era exenta y reservada



de pensión y tributo, y que tenía armas e insignias reales, y que ellos eran vencedores en las guerras [...].

Los mexicanos idearon que Chimalpopoca recurriera una vez más a su abuelo Tezozómoc a fin de pedirle materiales adecuados para construir sólidamente el acueducto que antes habían levantado con materiales deleznable. Así lo hizo Chimalpopoca. Ello provocó el disgusto de los azcapotzalcas, quienes decidieron dar un escarmiento a los mexicas e incluso a quien los gobernaba. Entre quienes instigaban para que todos se sumaran a tal propuesta se encontraba Maxtla, hijo de Tezozómoc y señor de Coyoacán. La decisión de matar a Chimalpopoca le fue comunicada a Tezozómoc, quien por ello murió de pesar. Sin nadie que se interpusiera, Maxtla y sus seguidores se ocuparon de dar muerte a Chimalpopoca. Muerto también Tezozómoc, Maxtla ascendió entonces al poder; lo hizo sin legitimidad alguna, pues ninguna ceremonia de entronización se llevó a cabo. De inmediato el nuevo señor de Azcapotzalco quiso imponer pesadas cargas tributarias a los mexicas, como aquellas a las que los había sometido, por algún tiempo, su padre, Tezozómoc el viejo. En esas circunstancias, la guerra resultaba inevitable. Los mexicas convocaron para ello a otros señoríos del Valle. Lograron fraguar alianzas con ellos, mismas que facilitaron la victoria sobre Azcapotzalco. La contienda se dio e involucró a la mayor parte de los señoríos rivereños. De ella salieron victoriosos, con Mexico-Tenochtitlan a la cabeza.

Puede conjeturarse que la guerra ocurrió cuando, por un lado, Tenochtitlan tuvo el vigor necesario para



desafiar al señorío que le tenía impuesto un yugo oneroso, pues los mexicas habían afianzado su economía y se habían fortalecido creciendo en número y, por otra parte, cuando sobrevinieron hechos que, de algún modo, les allanaron el camino hacia su liberación. Entre estos hechos destaca la muerte de Tezozómoc el viejo, pues ésta trajo como consecuencia un desequilibrio de las fuerzas políticas de la región, además de la llegada, carente de toda legitimidad, al gobierno azcapotzalca del tirano Maxtla, uno de los hijos del *tlahtoani* muerto.

Hasta entonces, los habitantes de Tenochtitlan habían adolecido de una cierta falta de cohesión. Todo parece indicar que los *calpulli* migrantes habían permanecido como células sociales hasta cierto punto independientes, cada una con identidad propia, con su historia y su deidad, sin tener mayores vínculos que los que da habitar una misma ciudad y beneficiarse de lo que una misma área ponía a su alcance. Ello habría impedido una plena identificación con los intereses del grupo dominante. Así se explica que antes de que se iniciara la contienda contra Azcapotzalco, el *tlahtoani* Itzcóatl, quien había sucedido a Chimalpopoca, propusiera un trato a los habitantes de la ciudad a fin de convencerlos para que participaran en la campaña y poder así lograr la victoria. A cambio de su colaboración, si perdían la guerra, ellos, los nobles encabezados por el propio Itzcóatl, serían sus sirvientes; en caso contrario, serían los mexicas los que asumirían el rol de servidores del grupo dominante. Los *calpulli* de la ciudad aceptaron.

Por supuesto la ayuda que dieron los habitantes de la ciudad, miembros de distintos *calpulli*, fue de gran



importancia para que Tenochtitlan ganara la guerra, como en efecto ocurrió. Que los habitantes de la ciudad, cumpliendo su promesa, sirvieran al grupo noble, significó el inicio de una nueva etapa en la historia de los tenochcas. Fue el inicio de la *mexicayotl*, de la mexicanidad, entendida ésta como el vínculo profundo de los habitantes de la ciudad en torno a Huitzilopochtli y el grupo de sus adoradores.

Bien se puede afirmar que el proceso que se inició entonces conducía a un debilitamiento de los *calpulli* en tanto células fundamentales de la sociedad, dotadas cada una de su propia identidad. La unidad interna de Tenochtitlan cobró cuerpo y fuerza cuando Itzcóatl ordenó que fueran quemados los antiguos libros donde se narraba la historia de los *calpulli*. Desconocemos detalles respecto de esta quema de códices. No se sabe si sólo se quemaron aquellos materiales que de algún modo podían comprometer la unidad buscada o si se quemaron todos. Me inclino a pensar que ocurrió según esta última posibilidad, pues la eliminación de los materiales donde estaban registradas las historias de los *calpulli*, además de poner a éstos en situación de aceptar una versión “oficial” del pasado, les impedía moverse de Tenochtitlan, pues sin el códice que guardaba el recuerdo de la historia que los constituía resultaba imposible todo movimiento.